

tos en archivos extranjeros y la gran colección de transcripciones de importantes pleitos y diversos documentos judiciales quiroguianos (hechos para sustentar el proceso de canonización de don Vasco), que ponen al alcance de los historiadores los documentos que J. Benedict Warren y que los autores de *Michoacán en el siglo XVI* leyeron en difíciles y exigentes microfílm. Ambos, Carlos Paredes y Armando Escobar, han mostrado

una gran generosidad en la transmisión de documentos, a mí, a sus colegas, alumnos y amigos. La transmisión, la edición, de documentos es el trabajo histórico que más permanece, porque permite a la comunidad y a las generaciones de historiadores aproximarse al conocimiento de la vida de la gente que nos precedió.

Esta conmemoración de los 38 años de *Michoacán en el siglo XVI* nos da una perspectiva de la histo-

riografía michoacana que muestra la riqueza de los estudios michoacanos de los años setenta y ochenta, dominados, sí, por el gran J. Benedict Warren, pero con la presencia también de historiadores como el padre Francisco Miranda Godínez y Carlos Herrejón Peredo y los cuatro autores de *Michoacán en el siglo XVI*, que generaron el rico ambiente historiográfico que hoy vivimos.

Un apetitoso queso *gruyère* francés

Edgar O. Gutiérrez López*

Carlos Marichal, *El nacimiento de la banca en América latina. Finanzas y política en el siglo XIX*, México, El Colegio de México, 2021, 508 pp.

Antes de entrar a reseñar el libro en cuestión, permítanme hacer una descripción general de los orígenes y diferencias del queso *gru-*

yère, para que sirva de referencia sobre el título de estas reflexiones. Este popular queso toma su apelativo del distrito suizo del mismo nombre, ubicado en el cantón de Friburgo, en la Suiza occidental. En unas crónicas del lejano 1115, se dice que su elaboración ya se llevaba a cabo por esa época y en ellas se reconoce la habilidad de los habitantes del mencionado cantón para convertir la leche de sus vacas en un queso que muy pronto se comercializó en Francia e Italia. Hoy día, su producción se extiende por los cantones suizos de

Friburgo, Neuchâtel, Vaud, Jura y Berna.

Es importante saber que, durante mucho tiempo, la palabra *gruyère* se utilizó para designar a cualquier queso suizo e incluso algunos franceses. Fue hasta 2001 que el queso elaborado en Suiza adquirió, primero, la AOC (Appellation d'Origine Contrôlée), y en 2011 logró obtener la AOP (Appellation d'Origine Protégée), denominación de Origen Protegida Europea (DOP, por sus siglas en español); esta última muy necesaria para acabar con algunas con-

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

fusiones, sobre todo aquellas que tienen que ver con los quesos franceses. Desde la obtención de esta última certificación, la fabricación del queso Gruyère AOP se produce con estrictas especificaciones acordes con la receta ancestral, como un signo del reconocimiento de su calidad, sólo reservada a los productos típicos, anclados en una región específica que le confiere carácter y sabor inimitable. La Appellation d'Origine Protégée garantiza, entonces, la autenticidad del producto elaborado con el “saber hacer tradicional”.

Por otra parte, se sabe que la denominación *gruyère* hace referencia a los funcionarios *gruyers*, que, en la época de Carlomagno (768-814), eran los recaudadores de impuestos que podían cobrarlos con quesos; lo cual sucedía en los territorios que más tarde se convertirían en Suiza y Francia. Hoy en día existe un pueblo llamado Gruyères en Suiza y uno más llamado de la misma forma en el departamento de Ardenas, en Francia.

Entonces, al queso original que logra obtener la denominación de origen protegida europea hoy se le conoce como Le Gruyère AOP y es suizo. En tanto que al queso *gruyère* francés sólo tiene la certificación de la denominación de origen controlada (AOC de 2007 a 2012), cuando cambió a IGP europea (Indicación Geográfica Protegida) a partir de 2013. ¿Cuál es la diferencia entre los dos quesos? Los dos están elaborados con leche cruda y tienen un nombre común.¹

¹ El queso *gruyère* francés utiliza la leche de las vacas de razas locales, tales co-

mo Sin embargo, lo que los distingue es su específico origen geográfico. El suizo se ha producido desde la Edad Media en los alrededores de la región de Gruyère. Mientras que el *gruyère* francés se elabora en los departamentos de Doubs, Haute-Saône (ambos en la región de Bourgogne-Franche-Comté), Savoie y Haute-Savoie (los dos en la región Auvergne-Rhône-Alpes), zonas cercanas a la frontera con Suiza. Su color y sabor varían en función de la dieta de las vacas, lo que influye en la composición de la leche.

La gran diferencia entre ambos es muy fácil percibirla a simple vista: en tanto que el queso suizo es de una textura lisa y uniforme sin hoyos o agujeros, el francés sí los tiene, los cuales se forman por las burbujas de aire que se hacen durante su elaboración, ya que se utiliza mayor temperatura en su fase de maduración, a diferencia del suizo, que emplea una menor temperatura. Según Philippe Bardet, presidente de la Organización Interprofesional Gruyère (agrupación de los productores helvéticos), el sabor también es diferente; para él, su queso “tiene mucho cuerpo”, con “sabor fuerte y maduro”, especiado, con pequeños cristales de sal, con notas afrutadas y ligero aroma a avellanas o castañas asadas. Mientras que su homónimo francés (el de los

mo Abondance, Terentaise, Montbéliarde, Vosginne, Simmental française. Véase la página “Gruyère francés”, recuperada de: <<https://mundoquesos.com/gruyere-frances/>>, consultada el 20 de mayo de 2022. Su alimentación se basa en pasto, heno, cereales, excluyendo todas las formas de alimentos fermentados.

hoyos), es “más dulce y suave”. Según la página mundoquesos.com, el último tiene un “sabor frutal o a mantequilla, a veces es ácido y salado, con aromas persistentes en boca, con una textura que va de flexible a dura y hasta quebradiza, pero siempre suave en boca, dando una sensación de redondez”.

Espero que con esta última descripción se les haya abierto el apetito y la intención de probar estos quesos a los lectores de esta reseña y que, con cualquiera de ellos, se hagan acompañar con un buen vino tinto, lo que se convertirá en la mejor compañía para iniciar la lectura del fascinante libro que nos invita a recorrer la intrincada trayectoria de *El nacimiento de la banca en América Latina...* Historia nada fácil de investigar, como nos lo hace saber su autor, a partir de considerar la dificultad que representa la localización de fuentes documentales del tema, esto porque no es nada sencillo identificar las diversas y complejas características de las operaciones crediticias y bancarias en el siglo XIX latinoamericano. Rastro muy complicado de seguir ya que pocas veces deja sus huellas al descubierto, además hay que tomar en cuenta la certeza de que el dinero fluye por muchos caminos y vías que adoptan formas muy diversas, desde el uso de una variedad de monedas de diferentes materiales (legales e ilegales) hasta la circulación de letras de cambio, pagarés, hipotecas, billetes bancarios, acciones, bonos, seguros y tantos otros instrumentos más.

La idea central del libro de Carlos Marichal es mostrar la historia de las finanzas iberoame-

ricanas como un atractivo campo a investigar, de tal manera que ayude a motivar a historiadores y economistas (a los que deberían unirse politólogos y sociólogos interesados en la historia) a continuar esclareciendo una variedad de sucesos, temas, relaciones, biografías, instituciones, modalidades y demás elementos involucrados en ese espacio de las relaciones humanas que determinan momentos y épocas de este quehacer tan particular. Para ello expone una impresionante revisión bibliográfica, a la que considera poco conocida, producto del trabajo colectivo realizado a lo largo de los últimos 30 años. En este último sentido, nos señala que en su libro “propone una especie de *estado de la cuestión* a partir de una síntesis comparativa de los estudios publicados sobre el desarrollo de los sistemas de crédito y el despegue de la banca en la región latinoamericana en el siglo XIX” (p. 15).

Es de reconocer la valentía del profesor de El Colegio de México por arriesgarse a plantear el tema central del libro a pesar de los muchos vacíos existentes sobre las materias involucradas y la dificultad de documentarlas e investigarlas. Como con el queso *gruyère* francés, Carlos Marichal no pasa por alto la variedad y cantidad de huecos presentes en esta intrincada historia, sino todo lo contrario, los hace evidentes, les da vida, los contextualiza para así incentivar a quien se interese en ellos con la idea de que continúe por el camino de su estudio, para alcanzar su eventual esclarecimiento. No sólo nos hace esta

elegante invitación a intentar que se transite por esa travesía sino que, también, acentúa que no se trata de una labor individual, ya que afortunadamente en los últimos 30 o 40 años vivimos en una “franca ebullición” de publicaciones académicas relativas a la historia bancaria y financiera internacional, obras que constituyen, a su vez, la fuente esencial del libro que se reseña.

Al mismo tiempo, el autor acompaña su invitación a continuar profundizando en el tema que aborda *El nacimiento de la banca en América Latina...* con una segunda invitación, que marca significativamente los tiempos presentes, y es la conminación a visitar una página web de referencia: <<http://hbancaria.org/>>, construida expresamente para facilitar la consulta de algunas fuentes documentales y de literatura secundaria, lo que la convierte, además de un acompañamiento de lujo para el libro, en un punto de reunión y socialización de y para los interesados en los asuntos en cuestión. Confirma así, el carácter colectivo del trabajo de investigación y la necesidad de hacer grupo, de estar en comunicación permanente.

Pero, ¿por qué es importante continuar con los esfuerzos de investigación relativos a la banca y las finanzas latinoamericanas? El autor hace el señalamiento de que estos temas “constituyen una parte esencial de cada economía ya que son, en verdad, piezas clave del capitalismo contemporáneo por su papel ubicuo en los mercados, las empresas y en la vida cotidiana” (p. 13) en general. Es así

como considera que, dicha presencia “ubicua”, en sí misma, es lo que lo impulsa a cuestionarse sobre sus antecedentes y desarrollo, sobre sus desigualdades y diferencias, y las características propias de cada país y periodo histórico.

En este último sentido, una de las mayores inquietudes del autor, la que observa como “clave alrededor de la cual gira” su libro, es la relativa a lo que califica como la *tardanza* o lentitud iberoamericana en la creación de bancos y mercados de capitales. Aunque Carlos Marichal no nos dice específicamente en relación con quién es esa tardanza, claramente se puede intuir que su comparación es con respecto a Europa occidental y Estados Unidos, lugares donde el uso del cheque bancario e instrumentos diversas de esta naturaleza ya eran comunes en el siglo XIX. Lo que no menciona, o no toma en cuenta, es ¿cuánto tiempo tardaron en aparecer dichos instrumentos bancarios en esas regiones del mundo donde ya eran comunes en el siglo XIX? ¿A partir de qué momento se inicia su caminar en ese sentido en dichas regiones?, o de otra manera, ¿cuánto tiempo debía transcurrir para que aparecieran dichos instrumentos en Latinoamérica?

Por el camino de su calificación de tardado o lento el proceso de aparición de la banca comercial e hipotecaria iberoamericana, el autor plantea como el dilema más importante a esclarecer, saber o precisar es si acaso esa lentitud es consecuencia o causa del retardo y desigual desarrollo capitalista de las Américas española y portuguesa en las décadas posteriores a

sus independencias. Cuestión que él reconoce como no resuelta, que todavía el día de hoy está a debate, como gran número de preguntas relacionadas con el tema. Por lo mismo considera que se requieren más estudios, sobre todo aquellos que tengan un carácter interdisciplinario. Es así que convoca de manera explícita a establecer un “mayor diálogo entre los especialistas en historia política con los especialistas en historia económica”.

Carlos Marichal intenta aportar su granito de arena al emprender su propia “narración histórica del origen y despegue de la banca en varios países latinoamericanos”, desde la época colonial hasta el siglo XIX. Nos señala que, en su libro, intentó desarrollar un marco histórico comparativo y de largo plazo, con la idea de proporcionar una visión de conjunto de la evolución bancaria y financiera que incluyera “simultáneamente un acercamiento a los paralelos y/o contrastes entre los diferentes casos nacionales y periodos”. Examina las continuidades y los cambios en los sistemas de crédito, siempre procurando “identificar las grandes interrogantes que resultan pertinentes para estimular nuevas investigaciones”. Por este camino identifica como muy importante el “análisis de las trayectorias financieras, ya que éstas establecen los límites de lo posible en la acción política”.

A pesar de lo que él llama una “franca ebullición” de publicaciones académicas sobre esta temática y de la aparición de “excelentes trabajos de síntesis de la historia económica latinoamericana”, aun así, percibe que todavía exis-

te una “escasa atención dedicada a la evolución bancaria y financiera en trabajos generales de historia de la región”. De ahí que se pueda interpretar este tema como un suculento y apetitoso nicho de oportunidades con el que pueden abrirse numerosas posibilidades de “repensar aspectos absolutamente cruciales de la historia del capitalismo temprano” en la América que se encuentra al sur del río Bravo. Para alcanzar este loable objetivo, nos hace hincapié en la necesidad de promover una mayor atención en torno a la historia financiera, ya que ésta “ofrece numerosas claves para entender los procesos de desarrollo (y subdesarrollo) económico en el largo plazo”. Sin olvidar que la bibliografía contemporánea, cada vez más abundante, nos muestra la conveniencia de prestar atención a los cambios en los marcos institucionales, como al desempeño de aquellos actores clave: políticos, banqueros, empresarios e inversores, burócratas, comerciantes. De manera individual o colectiva, ya que siempre ejercen un papel preponderante en la formulación e implementación del quehacer financiero (p. 18).

El autor de *El nacimiento de la banca en América Latina...* insiste en la falta de investigaciones que aborden el tema bancario y financiero que permita evaluar de manera más robusta la verdadera importancia que tiene en la génesis y trayectoria del capitalismo en la región. En el centro de su preocupación se encuentra la relación entre lo que él considera el *capitalismo tardío* regional y el tardado desarrollo financiero. Pero va

más allá al preguntarse si las dificultades financieras regionales sólo estuvieron relacionadas con las desiguales trayectorias económicas y empresariales o, además, tenían que ver con las dificultades para llevar a cabo reformas políticas que contribuyeran a la modernización y a la estabilidad financiera (pp. 21-22). Nos habla de una variedad de hipótesis en este sentido, desde las que plantean la existencia de una *larga depresión* hasta aquellas que le dan mayor énfasis al peso de la herencia colonial. Cualquier análisis —nos dice— debe “matizarse en función de los distintos periodos, así como de una amplia gama de factores” involucrados. En pocas palabras, el autor tiene la convicción de que el subdesarrollo financiero influyó en el atraso relativo de las naciones latinoamericanas en el siglo XIX. Aunque, se percata claramente, de que hasta que no se realicen más “estudios de caso y se construyan bases cuantitativas más sólidas de la historia financiera regional, dicha propuesta será aún difícil de probar de manera definitiva” (p. 24).

Es así que identifica un espacio de investigación que está esperando un mayor desarrollo para avanzar en el conocimiento del tema. Advierte, entonces, la necesidad de una mayor vinculación entre la historia política y la nueva historia institucional, en tanto que la primera suele dejar de lado los acontecimientos relativos al fisco, la banca, la moneda y las finanzas en general, mientras que la segunda, cada vez más, aboga por la necesidad de estudiar factores estructurales de la evolución de las

finanzas y la política en cada país. Es aquí donde el profesor de El Colegio de México dirige su puntual observación en la falta, o hueco existente, relativo a la necesidad de analizar particularmente los contratos de las concesiones bancarias, entendidas como fundamentales para conocer el origen y la trayectoria histórica de cualquier sistema bancario, en la medida en la que nos muestran los juegos de negociación primigenios entre los grupos de poder y gobiernos, determinantes del marco institucional y operativo de los tempranos sistemas bancarios (p. 26).

El autor nos reitera una vez más que “falta mucho trabajo para que se pueda evaluar la verdadera importancia de la génesis y trayectoria del capitalismo” temprano latinoamericano. A pesar de ello, reconoce la gran cantidad de obras de historia económica publicadas en las últimas tres décadas y, por ello mismo, para poder abordar esta crónica en el vasto y variado espacio geográfico iberoamericano, considera necesario llevar a cabo una selección de países, a los que estima como los más significativos, tanto por el tamaño de sus cambios y avances financieros como por contar con una numerosa bibliografía relativa a esta materia. Los casos nacionales que nos presenta son los de Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Cuba, México y Perú. En menor medida se pueden encontrar algunas referencias a Costa Rica, Ecuador y Uruguay, de tal manera que los casos centroamericanos, Bolivia, Venezuela, Paraguay y casi todos los caribeños, son uno de esos huecos que esperan la atención de los in-

vestigadores interesados en esta fascinante historia.

El libro está integrado por cinco capítulos, en los cuales Carlos Marichal intenta proporcionar a sus lectores “una breve síntesis de ciertos problemas clave de la historia bancaria y financiera latinoamericana”, a partir de una descripción sintética de los orígenes y las trayectorias de los principales bancos públicos y privados del grupo de países latinoamericanos seleccionado. Es así que en cada uno propone “una serie de modelos interpretativos que puedan ayudar a profundizar el análisis de los paralelos, así como los contrastes entre diferentes experiencias nacionales y regionales”. Los cuales fueron construidos a partir de analizar las maneras en las que fueron cambiando las instituciones monetarias y crediticias, bajo distintas administraciones políticas, de las mudanzas y los procesos de evolución de los sistemas crediticios y financieros escogidos.

A este esfuerzo analítico de co-tejar procesos entre dos o más países, reconocido como poco frecuente, el autor lo denomina “enfoque comparativo”, el cual tiene como punto esencial de referencia la basta bibliografía internacional. De ella, señala de manera particular la relativa a los debates abiertos por historiadores económicos de la Europa latina (España, Portugal, Francia), especialmente pertinentes para compararlos con la literatura latinoamericana, con la idea de establecer paralelismos y contrastes en las trayectorias crediticias y bancarias en los países iberoamericanos, con el claro objetivo de proponer nue-

vas herramientas para “el futuro análisis comparado de la historia financiera regional”.

La primera herramienta, la que bien puede considerarse como el aporte inicial del autor, es la periodización general de la que parte para organizar el libro. Desde mi particular punto de vista, se trata de tres periodos históricos en los que se abordan los antecedentes coloniales, los inicios de la vida independiente (1820-1850) y el surgimiento de la banca iberoamericana. Esta última etapa, o periodo histórico, está dividida en tres interesantes capítulos o temáticas: el primero trata sobre el despegue bancario propiamente dicho (1850-1875); el segundo analiza los modelos de organización empresarial adoptados por esos primeros bancos, acompañado con la exposición de los debates políticos y parlamentarios que las novedosas instituciones bancarias motivaron; en el último describe el tema de los pánicos bancarios en la segunda mitad del siglo XIX.

El primer capítulo, según el autor, intenta ampliar las miradas más teóricas relativas a la historia económica colonial a partir de la rica y abundante bibliografía de los últimos decenios. Trabajo colectivo que ha abierto puertas y ventanas de par en par a un nuevo horizonte interpretativo, que el día de hoy claramente nos indica que la herencia colonial no debe calificarse simplemente como negativa. Novedosos estudios académicos nos muestran que durante esos siglos existieron complejos e intrincados sistemas de crédito. Gracias al predominio generalizado de la circulación metálica en el mun-

do de aquella época, América Latina jugó un papel estratégico en la “temprana globalización monetaria”, basada en la construcción realizada por el Imperio español de la “más amplia unión monetaria y fiscal durante varios siglos”. Por último, el profesor de El Colegio de México invita a sus lectores a continuar con las investigaciones sobre el crédito y las finanzas de la época colonial, ya que además de ayudarnos a esclarecer el entramado de actores económicos y sociales, sus formas y modalidades nos muestran el desempeño de aquellas economías (p. 36).

Me parece que el segundo capítulo tiene un excesivo interés por recuperar la historia del crédito y las finanzas iberoamericanas cuando esta región del mundo inició su vida independiente. Señalo esto de manera particular porque ese momento histórico está marcado fuertemente por la política. La Independencia es una decisión política y sus consecuencias también están marcadas en ese sentido. El reconocimiento de las naciones independientes por otras naciones, sobre todo el de las antiguas metrópolis, creo que tuvo un fuerte y decisivo peso a lo largo del siglo XIX en el desarrollo y desenvolvimiento de las actividades económicas, entre ellas el crédito, el comercio y los préstamos internacionales, las deudas externas, la fuga de capitales, etc. Buena parte de todos estos sucesos tienen en el fondo lo que el mismo autor reconoce como “un giro copernicano en las finanzas internacionales”; es decir, un complicado proceso de transición hacia la hegemonía inglesa en el mundo, marcadamen-

te señalado a partir de las guerras napoleónicas y las luchas de independencia latinoamericanas.

Por otra parte, me parece que el título de este segundo capítulo debería estar más vinculado a la mencionada fragmentación monetaria y al derrumbe de los pilares centrales de la fiscalidad y las finanzas estatales, señaladas como la particularidad de esta época. En este sentido, Carlos Marichal se pregunta: ¿cuáles fueron los costos de esa fragmentación monetaria?, suceso que va más allá de lo meramente monetario, ya que abarca lo territorial, los mercados, las finanzas públicas y privadas, entre muchas otros ámbitos. La respuesta no tiene vuelta, “no lo sabemos a ciencia cierta todavía” y remata con el siguiente señalamiento: “[todavía] hay mucho que debatir acerca de los ‘costos’ económicos de las independencias latinoamericanas”, es por ello que el “tema requiere de muchas investigaciones puntuales” y generales, agregaríamos nosotros. En este último marco se dan los fracasos de las primeras instituciones bancarias y los intentos de reformas modernizadoras de lo fiscal y lo financiero.

Los capítulos tercero, cuarto y quinto, como ya se dijo, se acercan a temas centrales del quehacer crediticio y financiero de la segunda mitad del siglo XIX. El nacimiento de los bancos cobró especial fuerza de 1850 a 1875 y con ello aparecen de forma clara los problemas que acarrearán este tipo de instituciones: modelos de organización empresarial, los debates políticos y parlamentarios vinculados a ellas, tales como su reglamentación, fundamentos, obligaciones, libertades,

registros contables y administrativos, la capacitación de su personal, su distribución geográfica, la diversificación de negocios tales como las aseguradoras, hipotecarias, empresas por acciones, bolsas de valores, los instrumentos bancarios propiamente dichos como los billetes, pagarés, letras de cambio, depósitos de clientes, entre muchos más.

Para redondear el tema del libro y dejarnos un buen sabor de boca, en el quinto capítulo Carlos Marichal termina por describir el complejo entramado de las primeras crisis bancarias o pánicos financieros. Coincidimos con su observación de que se trata de una materia muy poco tratada por la historiografía latinoamericana. Se trata de puntuales historias que permiten “reflexionar sobre la trayectoria de los bancos y las posibles causas de su fragilidad” ante las políticas monetarias, fiscales o de deuda pública en aquellos países donde sufrieron este tipo de acontecimientos, por cierto, con impactos desiguales en cada mercado y economía, con cronologías y características diversas, aunque con estrechos vínculos con las variaciones en el comercio internacional, lo que le permite calificarlas como *crisis combinadas*. Así, el autor expresa su inquietud de que “en futuras investigaciones será altamente conveniente ahondar en esta problemática a partir de una reconstrucción más detallada de flujos comerciales y de precios de las mercancías exportadas” (p. 446).

Por último, espero que esta reseña sirva para abrir el apetito a sus lectores, que los motive a em-

prender investigaciones relativas a *El nacimiento de la banca en América Latina...* Aunque, en realidad, me conformo con lograr que quieran saborear la lectura del apetitoso libro reseñado, relativo a una historia que no es fácil de entender y a la que su autor nos intenta acercar de una mane-

ra amable y muy digerible, con la idea de que nos deje un buen “sabor de boca” sin importar las muchas interrogantes que están sin resolver. Podemos estar o no estar de acuerdo con puntos, temas o la manera de abordarlos en lo que no se puede disentir es en el objetivo general del profesor de El Co-

legio de México sobre la necesidad de impulsar más y mejores investigaciones sobre el crédito y las finanzas latinoamericanas, que nos ayuden a esclarecer las interrogantes pendientes y que nos permitan abrir muchas más que hoy en día son invisibles a nuestros conocimientos.

A la luz de la caricatura

Alejandro de la Torre Hernández*

Esther Acevedo (coord.), *A la luz de la caricatura. Diccionario gráfico de México 1861-1903*, México, INAH, 2021, 428 pp.

Bien se sabe que el humor, cuando se ejerce pública y colectivamente, además de proporcionar esparcimiento y solaz, por medio del ejercicio de la risa (a veces inocente, otras maliciosa), se ha utilizado desde hace mucho tiempo como un instrumento político pa-

ra criticar y deslegitimar a los poderes establecidos. Y precisamente a ello se debe que hablar de la caricatura, y de la caricatura política en particular, sea un asunto serio. Quienquiera que haya estado cerca de su influjo, lo puede constatar.

Tradicionalmente, una de las manifestaciones de humor político ha sido la caricatura; manifestación artística que, desde hace varios siglos se incorporó al séquito contrahecho de las artes menores, y se convirtió en escenario de enconados enfrentamientos ideológicos, y de auténticas batallas culturales, espacio de representaciones satíricas de la vida política, foro desacralizador de los poderes

mundanos y ultraterrenos, y foro para la puesta en escena de las aspiraciones sociales y la crítica de costumbres. La caricatura, además, se amalgamó con distintos lenguajes políticos y de la mano de la sátira construyó un universo autónomo, marcadamente autorreferencial, ceñido a una lógica muy singular que se alimenta de la realidad y al mismo tiempo la transforma.

Así se explica, en parte, su profunda ambivalencia: si bien la anima una aspiración humorística, no puede dejar de dialogar con la solemnidad que la nutre ni con el dramatismo que suele motivarla. Quizá por eso deja una sensación agrídulce, como la que deja a su

* Dirección de Estudios Históricos, INAH. Una versión abreviada de este texto se publicó en *La Jornada Semanal*, 3 de julio de 2022.